



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12065

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extra-
—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 29 DE ENERO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado, y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin
61, y J. donos, Faubourg-Montmartre, 31.

La crisis minera

V

En el tren expreso de anoche
marchó a Madrid una comisión nu-
merosa, compuesta por las autori-
dades municipales de La Unión y
Cartagena, varios industriales mi-
neros, y representantes de cámaras
y centros mercantiles, a los cuales
se han de unir en la Corte los di-
putados y senadores de la provin-
cia, para gestionar todos el posible
remedio de la crisis minera y avi-
var el despacho de expedientes de
obras, para subvenir a la necesidad
de proporcionar trabajo a los obre-
ros.

Peritos son los señores que for-
man la comisión citada y todos y
cada uno conocen las causas de la
crisis, y los posibles remedios de
la misma; de ahí que los mineros
la hayan visto marchar esperanza-
dos en que ha de volver con solu-
ciones, pues ha de plantear la cues-
tión como es en realidad al pre-
sente y ha de ofrecer a la consi-
deración del Gobierno bajo el páb-
lo de vista de la gravedad que al-
canzara en el porvenir si ahora no
se la alaja.

Esta muy puesta en la razón la
confianza que anima a los mineros.
Por muy encaráñado que esté el
señor Urdaz, en que al final del
ejercicio económico resulten efec-
tivos los impuestos en la cantidad
presupuesta, por lo menos, no ha
de cerrar los ojos a la luz de la in-
teligencia a la comprensión para
insistir en lo que a poco que se ar-
gumente se ve que es imposible.

Para hacer efectivo un impus-
to lo primero que se necesita es
que haya materia imponible; y si
por las causas que llevamos dichas

la minería se agota, resultará que
arabada la materia que dio vida al
impuesto, morirá éste con ella y el
ingreso sobre él calculado quedará
en el papel, pero no entrará en el
Tesoro.

Aparte esto, sobre lo cual no
creemos necesario fatigar mas la
imaginación, porque es asunto su-
ficiente claro, hay una considera-
ción de justicia y equidad que obli-
ga a proteger a la industria mine-
ra como a las demás de la nación.

Cuando por virtud de causas de
todos conocidas la industria agri-
cola sufre la competencia extran-
jera, se elevan los derechos, privan-
do a una gran parte de los espa-
ñoles del beneficio consiguiente.
A este efecto recordamos la última
campaña hecha por los trigueros,
por medio de la proposición del
señor Rodríguez Lagunilla, en la
que echo el peso todo de su gran
influencia el señor Gamazo.

Pero hay mas aún. La minería
se encuentra amenazada de muerte
por la baja de los cambios. En
aras del beneficio general quedará
sacrificada la industria que se pla-
de y debe hacer con ella es aten-
derla con solicitud, para ayudarla,
quitándole impuestos y suprimiéndole
trabas.

TIJERETAZOS

En los centros norteamericanos de Fili-
pinas se ha desarrollado un método de pa-
dre y señor mío.

La cosa lo merece.

Se ha tenido en ellos noticia de que los
tagalos hacen apretar en Hong-Kong y de
ahí el canchutis.

Ya le comen, ya le comen

por do más pecado habla.

La Providencia es justa.

Y valiéndose... ¡quién sabe si de los ja-
poneses! está haciendo sufrir a los ameri-

canos las angustias que éstos han hicieron
pasar.

Expiación se llama con figura.

Uno de los bores concentrados en el
Transvaal comunica a Europa noticias que
ponen los caballos de punta.

La gente se muere a raciones. Hay mu-
chos infelices que van casi enojados.

Y en el carro que lleva al campamento los
cadáveres se transportan los víveres.
Por menos que eso una llamaron los in-
gleses bárbaros cuando se hizo la conce-
tración de Cuba.

Pero ahora es distinto para los ingle-
ses.

Y para nosotros.

Loemos:

«Como ya comunicaron los telegramas,
la suscripción a los empréstitos alemanes
ha obtenido un éxito que para su emisión
de obligaciones del Tesoro quisiera el se-
ñor Urdaz.»

El caso no es igual.

Si ese empréstito no tuviera la tenden-
cia que tiene, se hubiese cubierto en vein-
tiúntré horas, unas cuantas veces.

Pero va contra el Banco, y se le ha pue-
sto digno para que no sepa.

Por eso va poquito a poco, pero siempre
avanzando.

Y eso es lo que importa.

EL FAISÁN

En el cristal de inquieto gelatinoso,
navegando un faisán tiende el plumaje,
y en el voto de luz de su ropaje
el iris tiembla como red divina.

La cenicienta ilumina
focofluorescente entre el saqueo,
que en ella tiende, como raro encaje
de sombra y luces, blonda peregrina.

Ya se agitan los ángeles tonados,
sacrificando al ave de colores
y promoviendo estrépito sonoro.

Y en honor de la víctima inmolada,
en la atmósfera espléndida y dorada,
plantea el champagne sus cañonazos de oro!

Salvador Rueda.

UNA CORTE EN VIAGE

CURIOSA CABALGATA

Un corresponsal de la «North China Dai-
ly News», que ha sido testigo ocular de la
salida de la corte china de su capital in-
terna, Singun-fu, hace de ella la siguiente
descripción.

Durante dos meses el único objeto de to-
das las conversaciones ha sido la salida de
la corte para Pekin.

Los preparativos han sido tan extensos
que no era posible concluirlos para el tér-
mino fijado.

La corte china, que siempre ha tenido
fama de amar riquezas y este viaje hacia
la capital del Oeste, le ha proporcionado
una magnífica ocasión para reunir nuevos
tesoros.

Todas las poblaciones por las cuales pasa
la comitiva, han tenido que pagar un tri-
buto a la corte imperial y contribuir con vi-
ciosos objetos (telas, cortinas, bordados, ro-
pías) al nuevo arreglo del palacio de Pekin.

Se calcula en 2.000 los carros requeri-
dos desde mediados de Septiembre para el
transporte de los bagajes, entre ellos 700
para el traslado de la plaza.

Estos últimos son custodiados por 1.500
hombres bajo el mando del general Ma.

El valor de este tesoro se calcula de 20 a
30 millones de taels, todo acumulado en
este último año por donativos de los gran-
dines y sales nobles de su majestad.

El 5 de Octubre se puso en camino el
gabinete con un séquito y escolta de cam-
paña.

Las culas por las cuales había de pasar
la comitiva imperial estaban cubiertas con
tierra amarilla, y de tejado a tejado por-
dían largos trozos de seda amarilla, las
ruedas baldaguinas, faroles, escuderos in-
cien en todas las puertas, y en las bocas
se hallaban dispuestas mesas, tapizadas de
ambrós de damasco, cuscus, y cargadas
de dulces, bizcochos y salumerías. La im-
presión era imponente, festiva.

En la mañana del 9 de Octubre repetidos
torques de trompeta advirtieron al pueblo la
salida de la Corte.

Inmediatamente se abrieron las puertas

de la ciudad, y los carros, faquines y orde-
nanzas se pusieron en movimiento.

Las calles se llenaron de curiosos, que
fueron mantenidos en orden por un cordón
de caballería; los uniformes de color ama-
rillo, rojo y azul; las banderas flotantes en
el viento, los brillantes cables desordenados,
juntos con los colores vistosos que en-
tentaban los trajes de los transeúntes, for-
maban un cuadro muy pintoresco.

Algunos la comitiva se movió de sala
hacia el que seguían los empujes de va-
rios carromatos, acompañados de jinetes
con uniformes amarillos y con cascos ador-
nados de largas plumas.

Pasaron luego las filas de posta que ha-
bían precedido a la Corte el año anterior y
tras de ellas la guardia imperial que mar-
chaba al paso alarido, inmediatamente
to bicaron todos los rostros.

Apareció el trono del Emperador, lleva-
do en andas por 20 hombres, vestidos con
ricos trajes de seda.

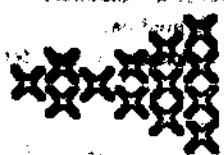
En el trono se sentaban el emperador y
la emperatriz, y estaba tapizado con ricos tapetes
bordados de oro y de piedras preciosas.

Veloso se sentó al Emperador, en la so-
litud rigida de una estatua, con las fletas
necesarias para sostener la dignidad in-
a la derecha y a la izquierda, como si no
viese a estos miles de súbditos, hijos de su
rodilla, rodeados de su gloria y su poder.
El valor de este tesoro se calcula de 20 a
30 millones de taels, todo acumulado en
este último año por donativos de los gran-
dines y sales nobles de su majestad.

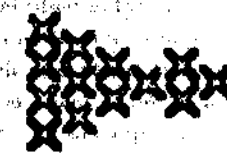
Seguía luego la silla de la Emperatriz,
y a su lado el príncipe heredero, con su
príncipe de la sangre, y los que se re-
bordados los dragones imperiales.

Su cara es larga y pálida, con pómulos
salientes, boca grande, con gruesos labios,
los ojos brillan como carbón encendido. Se
mostró sumamente atenta; nada escapó a
su penetrante mirada; para los curiosos se
inventaron gestos de desprecio; a los me-
dicos los mandó que se fueran a la plaza.
Generalmente el rostro se aspecto des-
mejorado; en un año parecía haber enveje-
cido para diez.

Completo contraste con ella formaba la



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



317 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

310

LOS CRUZADOS

304 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

al al Señor. ¿Qué castigo y tormento es bastante pa-
ra quien escarneció la Santa Cruz?

—Basta, no pongáis el nombre de Dios en vuestra
boca... y con su mano apretó de tal modo el hombre
del templatario, que éste se apresó a decir: «¡Voz
dulce!»

—Si los templarios atacaron a Jurand, no se debe
aprobar su conducta; pero, ¿es verdad que él acepta-
ba el desafío?

—Mientras esto, se volvió hacia De Fursi que con-
tató:

—Quería que combatiéramos tres a tres.

—¿Estáis seguro de ello?

—Lo juro por mi honor. Tanto yo, como el caballe-
ro de De Begrov contra mí, pero no Melghier.
El príncipe repuso:

—Gobernador de Teolna, ves mejor que nadie sa-
béis que Jurand no rehúsa el reto; si alguno de voso-
tros desea pelear con él, le concedo mi permiso, y en
caso de que Jurand quede muerto o prisionero, de
De Begrov quedará libre sin pagar rescate; no pidáis
otra cosa.

Ninguno de los cuatro caballeros contestó; aunque
eran expertos en el manejo de las armas, no se atre-
vían a luchar con Jurand, de quien conocían las ha-
bilidades.

te declaroles únicamente la guerra cuando mataron a
un infiel. ¡Chámbas! ¡Vosotros, habéis asaltado su
propiedad y puesto precio al puñal de un asesino,
que le mataste a traición! Verdad que Jurand os ha
combatido, pero los caballeros del Templo, que asalta-
ron pacíficas ciudades arrasándolo todo y matando
hasta a los niños? Cuando me he quejado al gran
Maestro me contestaba: «Son las querellas de las
fronteras, y no hay sistema de atajarlos. No osis,
pues; vosotros quien podéis quejarnos, sino yo; que
fui preso en plena paz, y que, sin la mediación del
rey de Cracovia, aún quisiera estar encadenado. No
osis, pues, vosotros quien para hablar de justicia.

Los templarios se miraron y De-Danfeld, dijo:

—El haberse preso, fue una equivocación, y fué re-
parada, libertándose, no por miedo al rey de Craco-
via, sino por amor a la justicia. En cuanto a lo que
sucede en las fronteras, esto puede desfogarse en
mismo combate en otros Estados.

—¿Vosotros en pedir el castigo de Jurand?

—Sí, lo pedimos.

Janush apretó los puños murmurando:

—¡Dios mío! ¡Dadme paciencia!

—Debéis tener presente que nosotros ofendemos
solo a personas ílicas, mientras vosotros alzáis la
mano a los que pertenecen a la Orden, ultrajando

De-Lorah, que empezaba a abandonar el lecho, al
saber que las señoras se marchaban, quiso permane-
cer a su lado, con el pretexto defenderlas contra los
sarracenos.

Nada debía sin embargo temer la princesa, porque
hermana como era de Vitoldo y prima de Jaghellon,
potente rey de Cracovia, todos los liquanos y maso-
vianos la respetaban.

Por aquellos días se espuraron algo las relaciones
entre Janush y sus huéspedes, los templarios, uno de
ellos, que no era precisamente de la Orden, pero sí
aliado suyo, el señor De-Fursi, había muy malas re-
telas.

Dijo que tres templarios habiendo oído hablar de
Jurand de Spiboh, en vez de atemorizarse por su
fama, se atrevieron a desafiar al famoso guer-
rero, deseando poner a prueba su valor.

Uno de los andios se opuso, diciendo que había
paz entre la Orden y el principado de Masovia, pero
después aprobó la intención y los concedió una co-
lita.

Los caballeros enviaron el desafío a Jurand, que
aceptó con la condición de que «hacían» un sof-
dado y fúbrán a la caballería en la frontera prusiana
de Spiboh.

No consintieron los retadores en tal condición, y
entonces, Jurand les mandó a burlamente; esto el em-